

La Luz del Porvenir

Gracia 28 de

Enero de 1892.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUBVBS

PUNTOS DE SUSCRICION

En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Ballesta 4, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 23, imprenta.

SUMARIO.—A una joven artista. Carta segunda.—A una joven artista. Carta tercera.—A mis detractores de ambos sexos.—¡Venga á nos el tu reino!

A UNA JÓVEN ARTISTA.

CARTA SEGUNDA.

Sofía querida; consecuente con mi propósito de ofrecerte asuntos dignos de ser trasladados al lienzo, te contaré la impresión que recibí hace algún tiempo en una casa de comercio.

Fuí á cobrar una letra y tuve que esperar largo rato, porque, á causa de hallarse dos dependientes enfermos, las notas en los distintos libros tenía que ponerlas un suplente de ambos, y éste lo hacía con una lentitud desesperante. Otra señora y yo, más impacientes que los demás que aguardaban su turno, entramos en otro despacho contíguo, donde había dos mesas y dos escribientes: el uno casi un niño, de rostro alegre y simpático; el otro un anciano, que contestó á nuestras preguntas con bastante sequedad, pero no sin ofrecernos sillas al hacerle presente que hacía más de una hora que estábamos de pié.

Nos sentamos mi compañera y yo, y como sentado se espera mejor, cesó en parte nuestra impaciencia: yo me entretuve en contemplar al anciano, que escribía sin levantar la cabeza, en tanto que su jóven compañero pasaba el tiempo haciendo como que hacía, en términos que el anciano hubo de decirle con cierta acritud:

—¡Si tu padre te viera!... ¿Pero no ves, hombre, que tiras piedras á tu propio tejado?

—¿Por qué? ¿porque no trabajo? Ya trabajan mi abuelo y mi padre por mí. El que se mata, se muere. ¿De qué le ha servido á usted trabajar como un negro toda su vida?... De nada.

Al oír estas palabras, el buen viejo soltó la pluma, y mirando al muchacho con profunda tristeza, le dijo con acento suplicante:

—No prosigas; no despiertes mis recuerdos.

El chico enmudeció, y su compañero se quedó tan pensativo, que, sin darse cuenta de lo que hacía, cerró maquinalmente el libro en que estaba escribiendo, apoyó el codo izquierdo sobre la mesa en tanto que introducía la mano derecha en el cierre de su americana que llevaba completamente abotonada, y, fijando su mirada en un estante lleno de libros, se quedó inmóvil, conociéndose que sus ojos lo que menos miraban era lo que tenían delante.



¡Cuánto abatimiento se leía en el semblante de aquel hombre! De rostro enjuto, con la palidez amarillenta del pergamino; de blanca barba, no muy crecida, descansando sobre el nudo de la corbata; el níveo cabello cubriendo á medias la cabeza, pues la frente, espaciosísima, se prolongaba hasta la mitad del cráneo; los ojos grandes y hundidos, con una expresión tan dolorosa, que se veía en ellos las lágrimas aunque las mejillas estaban secas; nada mas triste ni mas sombrío que el semblante del anciano en quien tenía fija mi mirada. Muchas veces en sueños he vuelto á ver aquel rostro, revelador de todos los martirios. Tan abstraído estaba en su meditación, que no vió entrar á su principal, conocido mio, que recogió varios papeles, hizo seña al adolescente y á nosotras también, indicando que le siguiéramos á una estancia inmediata, y cerró la puerta del despacho con sumo cuidado, sin hacer el más leve ruido.

Yo, que en viendo á un sér que sufre, ya estoy en ascuas, deseando conocer la causa de sus penas, no me pude contener, y dije á don Carlos, que así es como se llama el jefe de aquella casa de comercio:

—Encuentro muy singular lo que acabo de ver en este instante: en el rostro del anciano que hemos dejado solo he creído adivinar un infortunio inmenso, y la delicada atención con que usted acaba de tratarle me ha afirmado en mi idea. El pobre sufre mucho, ¿no es cierto?

—Cuánto se puede sufrir en la tierra. Ya le contaré su historia en casa de nuestra amiga la de López, donde confío ver á usted el lunes próximo. Usted escribe, y tendré suma satisfacción en darle asunto para uno de sus artículos. Mi relato la convencerá de que supo leer en el rostro de mi anciano amigo.

Con verdadera impaciencia estuve aguardando el día en que don Carlos había de cumplirme su promesa. Cumplióla, en efecto, y su relacion fué como sigue:

“El anciano cuya tristeza tanto conmovió á usted, se llama don Tomás. Era y es íntimo amigo de mi padre. Juntos, en su niñez, se fueron á la Habana; trabajaron con ahinco, y, jóvenes aún, regresaron á la madre patria dueños de una gran fortuna. Ambos se casaron en un mismo día, mi padre con una rica heredera, don Tomás con una mujer hermosísima, de la cual se había enamorado ciegamente. Hombre de talento comercial y muy emprendedor, en pocos años cuadruplicó su capital, y como unía á una incansable actividad una honradez á toda prueba, muchos fueron los hombres de negocios que le pidieron como un favor especial les dejara tomar parte en sus atrevidas y arriesgadas empresas. El, franco, sencillo y generoso, trabajó para los demás con el mismo celo con que había trabajado para sí, y durante algunos años todo marchó á pedir de boca. De pronto volvióle la espalda la fortuna, y las desgracias llovieron sobre él, rápida, vertiginosamente. Cruzaban los mares multitud de buques suyos de gran porte, y en menos de tres años los perdió todos, pasto de las llamas unos, destrozados otros á causa de horribles embestidas, y juguete los demás de violentos huracanes: en una palabra, que vino el juicio final para el buen compañero de mi padre. Mas, no por esto perdió don Tomás su serenidad de espíritu, antes al contrario; animado por sus amigos, reunió los fondos necesarios para comprar otros dos barcos, en los cuales puso de capitanes á sus dos hijos, que ya eran pilotos, y á quienes amaba como el mejor y más amoroso de los padres.

“Puesta su confianza en Dios, los acompañó hasta dejarlos embarcados, quedándose él al lado de su esposa, sér que llenaba su alma y le hacía olvidar los contratiempos sufridos.

“Pasaron meses y meses sin recibir don Tomás noticias de sus hijos, y cuando

las tuvo, fué para lamentar un nuevo desastre: su hijo mayor habia muerto en un naufragio y héchose astillas el buque que el desgraciado mandaba. Algunos meses después supo también nuevas de su segundo hijo; pero ¡qué nuevas! Hallábase en Marsella haciendo reparaciones en el buque, pero por cuenta propia, sin acordarse de que existía su padre. Voló éste á Marsella y encontró á su hijo, que, al verle, le volvió la espalda, y se alejó rápidamente. No quiso seguirle don Tomás, horrorizado de tan impia ingratitud: rogó á Dios por el hijo desalmado, y se volvió para ir á llorar en los brazos de su esposa el mayor de sus infortunios. Cuando llegó á su hogar, solo encontró á un viejo mulato que le servía hacía muchos años: su esposa se había fugado á América con un indiano que la requirió de amores en su ausencia, llevándose la adúltera el dinero y alhajas que en la casa quedaban, restos de una inmensa fortuna. Este último golpe, que le hundía en la soledad y en la miseria, anonadó por completo á don Tomás. Arrojóse en los brazos de mi padre que llegó en aquel momento, sin que de los ojos del desdichado brotara una lágrima ni sus labios exhalaran una queja.

“Comprendiendo mi padre que su viejo amigo no admitiría un pedazo de pan sin ganarlo, le dijo:—“Vente á mi despacho, que tengo los libros en mal estado y tú los arreglarás.”

“Al día siguiente, don Tomás estuvo en el despacho en el momento de abrirse, y desde entonces se pasa los días haciendo números y riñendo á mi hijo porque no trabaja: á veces se queda sumergido en sus tristes meditaciones, y en estos casos le dejamos solo, respetando su inmenso dolor. Jamás pronuncia el nombre de su esposa ni el de su hijo: únicamente le oí decir, una vez que mi padre le preguntaba dónde pasaba las tardes de los domingos, que se iba á la orilla del mar á rezar por los ingratos.

“—¿Y vive solo?

“—Sí; vive solo; no se le ha podido convencer de que la soledad no le conviene. Hace pocas semanas se puso malo: fuí á verle, y salí de su casa tan hondamente conmovido que estuve enfermo de tristeza.

“No quiere tener criada: la portera le limpia la casa. Sentado en un sillón, mirando el retrato de su esposa y de sus hijos, de cuando éstos eran pequeñuelos y ella le hacía feliz con su amor y su admirable belleza, se pasó don Tomás días de fiebre y noches de insomnio, sin decir esto me duele. Con los ojos y el pensamiento fijos en el risueño cuadro de su perdida felicidad; cruzado de brazos en un abatimiento inmenso; contraída su boca por el dejo amarguísimo de la hiel de los más crueles desengaños, y con el corazón manando sangre, herido por las traiciones más horribles; no había necesidad de ver coronada de espinas su cabeza, ni herido de una lanzada su costado, ni taladradas sus manos y sus piés, para que mi alma le colocara entre los mártires mas resignados y que más atroces dolores han sufrido. Trabajar, enriquecerse con el trabajo y perder el fruto de todas sus vigiliás, llorar la muerte de un hijo sepultado en los abismos del océano, y verse después burlado y abandonado por el Benjamín de su casa y por la madre de sus hijos en los momentos más críticos de su total ruina, motivos son más que suficientes para enloquecer y para morir: por esto su semblante aflijido reflejaba todas las amarguras, todos los dolores, todas las torturas que pueden martirizar á un hombre. Un amigo mio, escultor, le vió y me dijo:—“La cabeza de ese hombre es la personificación, la imágen perfecta del dolor verdadero, que es el dolor que hace menos ruido. He visitado los mejores museos del mundo, y no he visto ningún Cristo que hable al corazón como ese hombre: su dolor mudo es el dolor

heróicamente sufrido: en su semblante parecen resumidos los sufrimientos y las angustias de todos los mártires. El escultor que lograra reproducirlo en el mármol, ó el pintor que supiera trasladarlo con fidelidad al lienzo, harían una obra superior á todas las maravillas artísticas.»—No es, pues, extraño, Amalia, que tan honda impresión dejase en su ánimo la presencia de don Tomás: de él puede decirse que se queja sin hablar.»

Así terminó don Carlos su relato. ¿Verdad, Sofía, que para pintar imágenes dolorosas no se necesita acudir á los manoseados asuntos de los Cristos crucificados y de los mártires de las religiones positivas? Espantoso suplicio es el de ser quemado á fuego lento, descuartizado por cuatro caballos indómitos, enterrado en vida; pero hay dolores y agonías morales en la tierra superiores á todas las torturas inventadas por la ferocidad humana, agonías y dolores que se sufren en la oscuridad y pasan desapercibidos.

¡Hay tantos ancianos que sin pedir limosna son pobres de solemnidad! A veces veo bajar de un lujoso carruaje á un sexagenario muy arropado con un gran abrigo de pieles, y al verle suele ocurrirme este pensamiento: ¡Por mucho que te abrigues el cuerpo, no te podrás quitar el frío del alma!...

Conozco á un anciano, artista notable, que, á pesar de que sus hijos viven en la abundancia, me repite muy á menudo, llorando como un niño:

—Cuando yo no pueda trabajar... ¿qué será de mí?...

—Pues, ¿y sus hijos?

—¡Ah!... mis hijos me dejarán morir en un hospital.

Querida Sofía, la historia de la humanidad, la que no se escribe ni deja tras sí monumentos, te dará siempre asunto para cuadros de gran efecto. El talento del artista consiste en saber buscar los asuntos en esa historia inédita y apoderarse de ellos. ¡Ah! si tú hubieses visto al padre sin hijos, al esposo sin esposa, al millonario en la miseria, con el pensamiento y los ojos fijos en el cuadro de su pasado, hubieras indudablemente exclamado: Hé aquí un asunto digno del pincel del primero de los artistas.

A UNA JÓVEN ARTISTA.

CARTA TERCERA.

Estimada Sofía: vives en mi memoria y eres uno de los recuerdos más puros y melancólicos de mi vida. Sé que sufres; que para tí la actual existencia es muy pesada, monótona y triste; tienes en tu mente las alas del genio y vives luchando con las apremiantes, con las tiránicas necesidades de una posición humilde, obscura; ¡vives en la sombra, cuando en tu mente todo es luz!

Ave prisionera, nunca puedes tender tus poderosas alas. Has sido además muy desgraciada en amores, y á la mujer le es dolorosísimo llegar á la mitad de la vida sin haberse creado una familia; el matrimonio es para la mujer el complemento de todas sus aspiraciones; con él cumple las leyes divinas y humanas. No puede negarse que muchos casamientos tienen un desenlace fatal; que hay mujer casada que vive maldiciendo la hora infausta en que se casó; pero como nadie es-

carriente en cabeza ajena, el mal de muchos no aparta del pensamiento de la mujer soltera la aspiración y el deseo de unir su suerte á la de un hombre, aunque éste no sea un modelo de virtudes. Así es que por muchos divorcios que haya y por muchas que sean las mujeres casadas que entonen un coro de lamentaciones, no por esto desisten las solteras de sus planes matrimoniales, conceptuándose casi todas verdaderamente desventuradas mientras no puedan adornar su frente con la simbólica y perfumada corona de azahar.

Dijo no sé quién, y es una gran verdad, que abundan las personas que no son felices porque no han sido nunca desgraciadas; y esto les pasa á las solteras: como no han tenido que sufrir las impertinencias de un hombre adusto y descortés y no saben lo que es luchar con cinco ó seis chiquillos enfermos y voluntariosos, la monotonía de su vida las entristece, creen que son una nota discordante en el gran concierto de la humanidad, se juzgan desairadas, y el hastío y una profunda amargura llenan la mayor parte de las horas de su vida. Me ha sugerido estas consideraciones, extrañas al tema de las cartas que te escribo, el pensar que también tú, no sé si por suerte ó por desgracia, perteneces al número de las mujeres que no han unido su suerte á la de un hombre y profesado en la estrecha religión de la maternidad.

¡Pobre Sofía!... ¡cuánto me acuerdo de tí! Siempre que veo algo que habla á mi alma, surge en ella tu recuerdo, y exclamo:—¡Si Sofía viera este cuadro, como se apoderaría de él! ¡Llevada de la inspiración, su pincel perpetuaría en el lienzo esta escena conmovedora!

Esto pensé hace unas cuantas semanas, al presenciar el encuentro de un hombre de unos once lustros con un niño de cuatro ú cinco primaveras, travieso por excelencia.

El primero, Felipe, es alto, enjuto, de facciones muy pronunciadas, de rostro avejentado; viste el honrado y humilde traje de obrero; franco y sencillo, agrada su trato por el sello de sinceridad que llevan sus palabras.

Hallándose un día en mi casa, entró una familia con un niño de cuatro ó cinco años, por nombre Germán. El niño como he dicho antes, es un chicuelo revoltoso sobre toda ponderación; exigente hasta la tiranía, necesita mortificar á alguno para estar contento: rechaza las caricias, como rechaza la discusión el fanático religioso; por su carácter no se granjea amigos, pero impone su voluntad como un soberano absoluto.

Entró en mi aposento refunfuñando como de costumbre; pero al reparar en Felipe, el rostro del niño se iluminó con una sonrisa celestial: acercóse á él, se apoyó en sus rodillas, con la mayor destreza se encaramó sobre ellas y extendiendo sus bracitos le abrazó, le colmó de besos, de apasionadas caricias, pasando y repasando sus manecitas por las mejillas de Felipe, que miraba sorprendido al pequeñuelo, el cual no cesaba de acariciarle y de decirle:—¡Pobrecito mío!... ¡pobrecito mío!—y vuelta á besarle y á rodear su cuello con estrecho abrazo, restregando su carita en el rostro de su amigo con tanta gracia, con tanto cariño, con tanto mimo y monería, que no pudo menos de llamarle vivamente la atención, sabiendo que Germán es naturalmente arisco, despegado y rehuye todas las caricias y los besos. Felipe no es una figura atractiva; su traje es humildísimo, su rostro grave, serio; por manera que el niño no tenía el menor motivo para acercarse á él. Su alegría inusitada, sus demostraciones de inmenso júbilo y de entrañable cariño, la expresión de su semblante de ordinario contraído por el enojo y la impaciencia de su carácter voluntarioso y descontentadizo, en aquellos momen-

tos transformado, su dulzura, su templanza, la satisfacción inefable de su alma, aquel cambio tan rápido, tan prodigioso por lo instantáneo, aquella mutación de la sombra á la luz, aquel afán del pequeñuelo de abrazar á Felipe con tanta fuerza, aquella prodigalidad de caricias que se multiplicaban del modo más sorprendente, ¡cuánto me hicieron pensar, Sofía!

Llegó el momento de marcharse todos, y el niño dijo á Felipe sin soltarle la mano:—Ven á mi casa y cenarás conmigo; no quiero que te vayas, no.—Y sus hermosos ojos irradiaban tanto cariño, que no pude menos de pensar: ¿dónde se habrán visto? ¿qué vínculos existirán entre estos dos espíritus?

Repetidas veces se han vuelto á encontrar en mi casa Felipe y Germán, y siempre el pequeñuelo hace las mismas demostraciones. Como ya tiene más confianza, juega con Felipe como si fuera un compañero de su edad, pero prodigándole siempre sus caricias y mirándole con verdadero arrobamiento.

¡Qué cuadro tan hermoso ofrecen estos dos seres! Felipe en el invierno de la vida, con la frente surcada por profundas arrugas, con las mejillas enjutas y tostadas por el sol de muchos estíos, con la mirada reveladora del cansancio y la pesadumbre de una existencia fatigosa, y el niño con su carita sonrosada, con sus hermosos ojos brillantes con el fuego de la vida, con su boquita sonriente acariciando con sus besos y sus palabras, los dos representan la alegoría de la existencia humana: Germán la primera mañana de la vida; Felipe la caída de la tarde, preludio en el hombre de la vejez del cuerpo. Y sin embargo, entre dos espíritus en apariencia de tan opuesta condición, ¡qué unión tan estrecha! Felipe parece que renace con las caricias del niño; el abuelo más complaciente no tendrá para su nieto más querido una sonrisa tan dulce y una mirada tan amorosa: uno y otro, juntos, se olvidan de cuanto les rodea. Yo los contemplo con el mayor placer y me acuerdo de tí, pensando que el asunto es digno del pincel más inspirado. He visto á muchos ancianos acariciando á sus nietos; he visto á muchos chiquitines montar á caballo en las rodillas de sus abuelos; pero lo que sienten Germán y Felipe cuando se encuentran, es superior á todas las demostraciones cariñosas que yo he visto entre viejos y niños.

¡Quién pudiera levantar una punta del velo que cubre el pasado! ¡Cuán hermoso sería poder comprender el lazo que habrá unido en otra existencia á Felipe y á Germán! Si otras pruebas no hubiese tenido de que el pasado del hombre es el prólogo de su porvenir, el encuentro de Germán y Felipe me hubiera bastado para comprender que la muerte puede destruir los cuerpos, pero no las almas, destinadas á vivir en todas las edades siguiendo la órbita de su existencia eterna dentro de la vida universal.

Los espíritus de Germán y Felipe, ¡cuánto deben haberse amado! Bendito sea el amor de las almas que siempre vive y siempre se manifiesta.

Basta encontrarse dos seres que se han querido, para sentir lo que aun en la tierra no tiene nombre, y si lo tiene, imperfecto, insuficiente para expresar lo que pasa en el fondo de las almas unidas por estrechos lazos.

Adiós, amiga querida; traslada al lienzo el cuadro que te he bosquejado, y mientras no encuentres una palabra más propia, más adecuada para pintar la misteriosa atracción que aproxima á los seres, bautiza tu nueva obra, poniéndole por nombre...

¡*Simpatía!*

Amalia Domingo Soler.

A mis detractores de ambos sexos.

Estultos que me acusáis
con satánica intención,
por discrepar mi opinión
de aquella que profesáis.

¡Osados sois, vive Dios;
obcecados é ignorantes,
persiguiendo intolerantes,
á quien no piensa cual vos!

Tomáis con rara insistencia
de jueces la investidura,
y condenáis, ¡qué locura!
los actos de mi conciencia.

Me imponéis vuestra opinión
como si yo la admitiera,
sin advertir que eso fuera
asesinar mi razón.

Los que dáis en tal manía
del buen sentido á despecho,
decid: ¿no tengo derecho
para imponeros la mía?

¿Por precio á vuestra amistad
renunciar á mis creencias?
¡Ridículas exigencias,
hijas de la vanidad!

Desmesurado ascendiente
en los ochavos fundásteis.
¡Imbéciles! Delirasteis
como delira un demente.

Vuestro oropel, menosprecio
me inspira cual vuestra saña.
¡Cosas de tan ruin calaña
merecen solo desprecio!

Ocupáos con frecuencia,
no en dictar imposiciones,
sino en limpiar los rincones
de vuestra súa conciencia,

Porque ajeno de virtud
vuestro corazón servil,
solo encierra escoria vil
como podre el ataúd.

¿Quereis que mi voluntad
á vuestro antojo se tuerza,
y por *la ley de la fuerza*
coartar mi libertad?

¿Hay nada que mueva á risa
cual ver esclavos del vicio
formular severo juicio
por si oigo ó no oigo misa?

Si en mi tranquila morada,
á mis deberes atenta
paso la vida contenta,
ni envidiosa ni envidiada.

Si no turbo ajena paz,
si respeto vuestros fueros,
¿en qué fundais, majaderos,
esa crítica mordaz?

¿Qué no cumple á mis deseos
asistir á procesiones,
triduos, rosarios, sermones,
novenas y jubileos?

¿Qué si alguna libertad
me conceden los quehaceres,
busco en los santos placeres
del estudio la Verdad?

¿Que ilustrar la inteligencia
es mi constante ambición,
é iluminar mi razón
con las luces de la Ciencia?

¿Qué adquirida la Verdad,
desecho el error nocivo,
cuyo aliento corrosivo
degrada á la humanidad?

¿Qué henchida de patrio amor,
á España, mi cuna, adoro,
sus infortunios deploro,
y asociada á su dolor,

Ante los fieros rigores
que le ofrece el hado impío,
veila redimida ansio
de vampiros y opresores?

¿Qué así sienta una mujer
consideráis reprehensible?
¡Sandios! ¿Es incompatible
pensar, sentir y coser?

Ni ¿qué males os reporta
mi manera de pensar?
¿Qué me voy á condenar?
Y á vosotros, ¿qué os importa?

¡Cabezas llenas de viento
¡Pobres cerebros vacíos!
¿Quién sois á abatir los bríos
del humano pensamiento?

Si á oprimir su libertad
el mismo Yo es impotente,
¿será poder suficiente
vuestra insulsa autoridad?

Por norma de mis acciones,
¿llegásteis á presumir
que yo habia de admitir
vuestras simples decisiones

Y que al oír la sanción
de vuestro obtuso criterio,
tomara el asunto en serio
cambiando decoración?

Pues dió ridículo asalto
vuestra embestida cobarde.
¿Lo oís? ¡Vano es vuestro alarde!
Yo miro mucho más alto.

Mi alma en sus actos halla
dos jueces; á ellos se obliga:
una razón que investiga
y una conciencia que falla

A la virtud y al honor
solo escucho: son mi freno.
¿Lo aprobais vosotros? Bueno,
Que ¿no lo aprobais? Mejor.

¿Me censurais? Mi desdén
consagro á la impugnación,
cuando conciencia y razón
asociadas dicen: ¡bien!

Que vuestra estúpida saña
torpe contra mí se ceba?
¡Me alegro! Eso más me prueba
no ser de vuestra calaña.

Con que me importáis un bledo;
y al emitir vuestro fallo,
lo escucho. me río, callo,
y tan tranquila me quedo.

Al compás de la acritud
de vuestra gran necedad,
yo sigo... sin novedad
en mi... importante salud.

Y pues no me han de quemar
los rayos de vuestro encono...
¡Ea, vaya! que os perdono,
y ¡pelillos á la mar!

UNA ANDALUZA.

¡VENGA Á NOS EL TU REINO!

*Se acercan ya los tiempos en que los adoradores
del Padre le adoraran en espíritu y en verdad*
JESUS Á LA SAMARITANA.

Pasad misterios, ídolos, figuras,
Templos de piedra, símbolos; pasad!
Tiene Dios un altar; ¡las almas puras!
Un culto solo, un rito ¡Caridad!

Templos quereis, mortales, donde brille
En la luz la gloria del Señor? venid
Doquier que un alma la ignorancia humille,
De la ignorancia, esa alma, redimid.

Quereis santuarios? de la escuela al lado
Elevad el taller, que ambos á dos,
Los templos son, á cuyo umbral sagrado
Se inmola el vicio y se consagra á Dios.

Albergues dad á la niñez proscripta,
Que vegeta y se anula en la abyección;
Dadle el que sacrosanto necesita,
Eucarístico pan de la instrucción.

Para el bien cultivad las aptitudes;
Propagad, la verdad, que obra es de amor....
A Dios se reverencia con virtudes;
Quien mas las cumple, le amará mejor.

Pasad misterios, ídolos, figuras.
Templos de piedra, símbolos: pasad!
Tiene Dios un altar; ¡las almas puras!
Un culto solo, un rito Caridad!

FRANCISCA HERNANDEZ DE ZAMORA.